

LA SAMARITANA



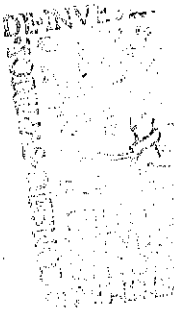
DEVOTA EXHORTACIÓN

*para que vengán á verdadero conocimiento de sí mismas
 las samaritanas de este siglo, y olviden las cosas mundanas,
 á ejemplo de lo que aquí se expresa.*

En viernes partió el Señor á la ciudad de Samaria, y antes de llegar á ella el calor le fatigaba, tanto, que á un pozo que vió, derecho se encaminara; sobre el brocal recostóse, como que cansado estaba, y al punto vió que venía la misma que él esperaba, era la Samaritana.

Pidió el Señor que le diese un poco de aquella agua, y él en premio la daría otra de más importancia, pues jamás tendría sed como llegase á gustarla; á lo que ella respondió sin saber con quién hablaba: —Pues si tiene tal virtud, dadme, Señor, de esa agua, para nunca tener sed. Y el Señor la dijo: —Aguarda;

A. 20. 207



anda y llama á tu marido,
y ven con él en compañía,
que no es bueno á una mujer
de la ciudad sola salga.—
Respondió:—Señor, no tengo
marido, ni soy casada.—
El Señor dijo:—Es verdad,
dices bien, Samaritana,
que de cinco que tenias
ahora sin ninguno te hallas;
tuviste cinco galanes
dando escándalo en Samaria,
y aqueste cántaro es
encubridor de tu infamia;
refrena, mujer, tu vida,
no vivas tan descuidada.—
Palabras fueron aquestas
de muchísima eficacia.
Entonces la pecadora
abrió los ojos del alma,
diciendo:—Tú eres profeta,
que mis pecados declaras,
y penetras mi interior

sin que se te oculte nada;
si lo eres, dímelo...—
Y el Señor así le habla,
diciendo:—No soy profeta,
que soy de esfera más alta:
soy Hijo del Padre Eterno,
el Mesías que se aguarda,
que desde el Cielo he venido
para redimir las almas.—
Entonces la pecadora
puesta en tierra, arrodillada,
le dice:—Dulce Jesús,
da tu perdón á esta ingrata,
pues que he vivido en el mundo
cometiendo mil infamias.—
Quebró el cántaro, y al punto
volvió al mundo las espaldas:
así las volvamos todos
para bien de nuestras almas.
Imitemos, pecadores,
á aquella Samaritana,
para podre alcanzar
en premio la gloria santa.

DESPEDIDA DE LA SAMARITANA

Después que fué convertida
la bella Samaritana,
así clamaba al Mesías:
—Señor, ¿queréis que me vaya
á acabar con vos mi vida?—
Dijola Cristo clemente:
—Antes que á mi patria excelsa,
á Samaria irás prudente,
y publica la grandeza
de mi Padre Omnipotente.—
Entonces fué el gran dolor;
cuando ya se despedía
del Supremo Redentor,
con amargura muy pía
decía con gran fervor:
—Adiós, pozo de Jacob,
adiós, archivo profundo,
adiós, engañoso error,
adiós, galanes y mundo,
que me voy con el Señor.

Adiós, cántaro, decía,
adiós, soga de terror,
adiós, agua cristalina,
ya se acabó mi ilusión,
y me voy con el Mesías.
Adiós, garrucha y pozal,
adiós, carril ponzoñoso,
decía con mucho afán,
que me voy al Reino glorioso
del empiéreo celestial.
Adiós, Jesús amoroso,
—con lágrimas repetía,—
adiós, adiós, dueño hermoso;
de tan dulce compañía
no me fuera, amado Esposo.
La Majestad soberana
dijo:—Ve, mujer afable,
á predicar á Samaria,
y vendrás á acompañarme
á las Alturas sagradas.



COPLAS

DE LO QUE PADECIÓ NUESTRO AMANTÍSIMO JESÚS EN SU DOLOROSA PASIÓN

Hoy se dispone Jesús,
el inocente Cordero,
sólo para darnos luz,
á cargar con el madero
tan pesado de la Cruz.

Ya llegó Jesús al sitio
donde está la Cruz amada,
y en sus hombros con dolor
se la cargan, y tú en nada
le ayudas al Redentor.

Mira aquel rostro sagrado
cuál le tiene, y no imaginas
que ese tu vicio malvado,
le ha coronado de espinas:
alma, llora tu pecado.

Sus sienes tan delicadas,
si con atención las miras,
ya las verás traspasadas
con setenta y dos espinas
que las tienen lastimadas.

Mira los ojos, que lirios
parecen de tan morados,
que son de sangre dos ríos;
no es mucho estén opacos,
cárdenos y entristecidos.

Mira sus sacras mejillas
que al sol y luna oscurecen;
ahora están desconocidas
de lo que por ti padecen,
pero tú siempre lo olvidas.

Mira aquel semblante hermoso
que está manchado en salivas,
como si fuera alevoso,
por aquella gente impía:
alma, llora por tu Esposo.

Mira los cientes qué fríos
los tiene el Sumo Bien,
y de golpes conmovidos,
¿quién será la causa, quién?
tus pecados cometidos.

Mira la hermosa garganta
cuál la tiene el Criador;
una soga que amedrenta
atada con tal rigor,
que hasta las piedras quebranta.

Alma, mira de qué suerte
tiene tu Amado los hombros
contra aquel madero fuerte,
que á ti no te causa asombro,
y á Cristo causa la muerte.

Mira la espalda y verás
nacer corales divinos,
heridos con crueldad
con hierros y con espinos,
por gente de Barabás.

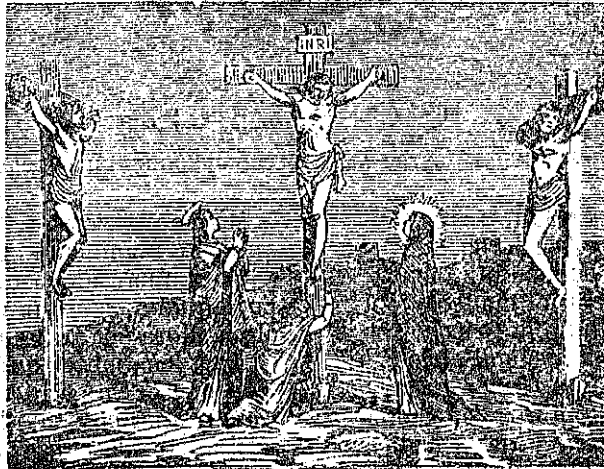
Si le miras al costado,
observa con atención
la lanzada que le han dado,
que le pasa el corazón,
por tus culpas y pecados.

Si le miras á las manos,
bien puedes considerar
que á Cristo, por los humanos,
le vinieron á quitar
la vida entre cueros clavos.

Si le miras á los pies,
verás dos llagas que al alma

le dan salud, y después
triunfarán con gloria y palma
sólo por ser Dios quien es.

Quien tenga esto en la memoria,
como muera penitente,
subirá á la eterna Gloria
ante Dios Omnipotente.



Á LA MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR

La tarde se obscurecía
entre la una y las dos,
que viendo que Cristo muere
se cubrió de luto el sol.

Tinieblas cubren los aires;
las piedras de dos en dos
se rompen unas con otras
y el pecho del hombre no.

Los ángeles de paz lloran
con un amargo dolor,
que los cielos y la tierra
conocen que muere Dios.

Cristo pendiente en la Cruz
dijo al Eterno:—Señor,

¿por qué me has desamparado? —
¡Ay qué tierna exclamación!

¿Qué sentiría su Madre
cuando tal palabra oyó,
viendo clamar á su Hijo
que Dios le desamparó?

—¡Ay, Hijo! la Virgen dice,
¿qué madre vió como Yo,
tantas espadas sangrientas
traspasar su corazón?—

Esto diciendo la Virgen,
Cristo el espíritu dió:
pecadores, si sentís,
llorad, pues la causa sois.

Madrid. — Despacho: Arenal, 11, librería.

